

CATALUÑA

El 'crash' de 2008, ¿cómo el de 1929?

Ni simple desaceleración como se empeñó durante un tiempo el Gobierno, ni recesión como sosteníamos algunos. Estamos al borde del precipicio que más temen los economistas: una depresión económica. Para entendernos, la depresión es para la economía lo que la anorexia para las personas, una pérdida del apetito de consumo y de inversión. Como es sabido, una vez que se cae en la anorexia lleva tiempo salir de ella.

Por una parte tenemos creciente evidencia de que la economía se está debilitando. Los indicadores de consumo, producción industrial y empleo muestran signos claros de pérdida de pulso; mientras, la sequía de crédito no da aliento ni a las familias ni a las empresas, que no sólo no pueden acceder a nuevos créditos, sino que se ven obligadas a pagar más caro el que tenían.

Por otra, estamos asistiendo a un *crash* bursátil y a un pánico financiero como no habíamos visto desde el *crash* de octubre de 1987 o, aún peor, desde el de octubre de 1929 (por cierto, ¿qué tendrá octubre para ser tan propicio a *crashes* bursátiles? ¿Habrá que eliminarlo del calendario como los estadounidenses hacen con el piso 13 de los edificios?).

Por último, tenemos un liderazgo político dubitativo y confuso, tanto a nivel nacional como europeo.



ANTÓN COSTAS

¿Vamos hacia una reedición de la depresión de 1929 o de la recesión de 1987? Quiero ser optimista

Economía débil, quiebras bancarias, pánico financiero y liderazgo político errático componen un cóctel potencialmente explosivo para el crecimiento económico y para nuestro bienestar.

Necesitamos con urgencia una hoja de ruta para avanzar en miedo de la tormenta financiera y de la amenaza de anorexia económica. La primera cuestión es conocer cuál es la relación entre el desplome bursátil, las quiebras bancarias y la economía real. La segunda es discernir si es suficiente con frenar las quiebras bancarias o es necesario, además, poner en marcha un programa económico que evite la anorexia.

¿Es inevitable que el desplome de la Bolsa degeneren en una depresión económica? No necesariamente. Burbujas que al explotar generan quiebras y pánico hemos tenido bastantes a lo largo de los dos últimos siglos. Pero, para lo que aquí nos interesa, lo importante es que no todas han tenido iguales efectos devastadores.

Así, el derrumbe de la Bolsa de octubre de 1929 y el pánico financiero que le siguió provocaron una intensa y duradera depresión económica. Y además tuvo consecuencias sociales y políticas devastadoras, en la medida en que favoreció la llegada de Adolf Hitler al poder y el ascenso del nazismo, lo que a su vez desembocó en la II Guerra Mundial.

Por el contrario, el derrumbe de la Bolsa de octubre de 1987, cuando el índice Dow Jones de Wall Street llegó a caer también más de 500 puntos en un día, no tuvo esas consecuencias devastadoras. Se saldó con algunas quiebras bancarias y una recesión que fue superada bastante rápidamente.

¿Qué es lo que provocó esa diferencia? El factor diferencial esencial fue el papel que desempeñó el Estado en uno y otro caso. En 1929 no había ningún instrumento legal que permitiese a las autoridades salir al rescate de las instituciones financieras en

quiebra y de las familias ahogadas por la caída de los precios y el endeudamiento hipotecario. Además los políticos más conservadores se opusieron a las medidas de rescate. Como consecuencia, el pánico se extendió y la depresión se introdujo en la economía.

Sólo con la llegada a la presidencia de EE UU, en marzo de 1933, de Franklin D. Roosevelt comenzaron las autoridades públicas a dotarse de instrumentos para erradicar el pánico financiero, estabilizar la economía y proteger a los más débiles. Su lema sigue siendo, a mi juicio, válido en estos días: "A lo único que hay que temer es al miedo".

Surgieron entonces toda una panoplia de instrumentos regulatorios y de intervención pública orientados a: 1) evitar los pánicos financieros mediante el seguro de depósitos bancarios; 2) salir al rescate de los bancos en quiebra mediante diversos tipos de intervención pública, incluida la nacionalización, y 3) aliviar a las familias endeudadas mediante la suspensión temporal de la ejecución de hipotecas y otros mecanismos orientados a disminuir su endeudamiento. Además Roosevelt puso en marcha un programa de fomento de la actividad económica y del empleo. Todo eso fue el inicio del Estado de bienestar que unos años más tarde, en 1936, vendría a tener el respaldo científico del gran economista

John Maynard Keynes. Con esa experiencia y esos nuevos instrumentos de intervención, el desplome de la Bolsa de octubre de 1987 no tuvo el dramatismo del de 1929. Aun así, exigió nuevos instrumentos en forma de acuerdos entre los gobiernos de los países más desarrollados para hacer frente de manera coordinada a la crisis. Con esos acuerdos, en 1987 se logró contener el pánico y evitar las desastrosas consecuencias económicas, sociales y políticas que habían tenido lugar en 1929.

¿Cuáles serán las consecuencias del colapso financiero que estamos viviendo? ¿Vamos hacia una reedición de la depresión del 29 o de la recesión del 87? Quiero ser optimista. No es posible que no hayamos aprendido nada de esas dos experiencias pasadas. De algo habrán valido. Y así parece ser en el momento en que escribo este artículo. Las acciones coordinadas que han acordado este pasado fin de semana los gobiernos de la Unión Europea están orientadas por aquel principio rooseveltiano.

Una vez que se haya contenido el pánico y restaurado la confianza de los ciudadanos en el sistema financiero, habrá que pensar en la puesta en marcha de un programa de fomento de la actividad económica y del empleo, así como en regular mejor el capitalismo financiero para evitar las situaciones de inestabilidad como la que estamos viviendo.

Antón Costas es catedrático de Política Económica de la UB.

LA CRÓNICA

Fiesta en Elèctric

IGNACIO VIDAL-FOLCH

Con motivo del 30º aniversario de la muerte de Jacques Brel se han subastado algunos artículos que fueron suyos, como un cuaderno, una pluma y una pipa: dice la viuda, Therese Michelsen, que eso da algo de vergüenza, y tenemos que darle la razón. Estos fetichismos son penosos. Ella misma, como heredera de Brel y directora de su fundación, exhumó con motivo del 25º aniversario cinco canciones inéditas. Algunos comentaristas le afearon la iniciativa, que en su opinión sería otro de esos "testamentos traicionados" contra los que Kundera alza la voz en su conocido ensayo. Pero la viuda replicó que esas cinco canciones no eran desechos, sino que Brel las grabó en el último año de su vida para integrarlas en su último y excelente disco *Les Marquises*; las descartó en el último momento, pero dando instrucciones de que se conservasen. "Jacques no grababa canciones para luego destruirlas", dijo. Se trata de *Mai 40* —sobre la invasión de Bélgica por Alemania en esa fecha—, *L'amour est mort*, *Sans exigences*, *Avec élégance* y *La cathédrale*, lista de títulos que ya compone por sí misma una especie de texto poemático...

Con *L'amour est mort* el trovador volvió póstumamente, en tono melancólico, al tema que ya abordó en sus inicios, con algunos de los versos de desamor más coléricos y feroces que recuerdo: "L'amour est mort, vive la haine! / Et toi, matériel déclassé / va donc accrocher ta peine / au musée des amours ratés!" (¡El amor ha muerto, viva el odio! ¡Y tú, material desclasado, vete a colgar tu pena en el museo de los amores malogrados!).

Yo sostengo que el nuestro es el tiempo del desprecio, y no el del odio, a pesar de



La editora Ana Pareja y Carol París, una de las autoras del libro *Odio Barcelona*. / TEJEDERAS

los sólidos argumentos que en defensa de éste manejó Ramón de España en su inspirado ensayo *El odio, fuente de vida y motor del mundo*, donde identifica algunos de los más dañinos agentes difusores de odio; entre ellos, los berridos de los hinchas del fútbol, los discursos de Arzalluz, los musicales de Andrew Lloyd Weber y el peinado *mullet*, que consiste en llevar el pelo corto por los lados, frondoso por arriba y largo por detrás. (Húngaros, alemanes y gitanos sienten notoria inclinación por ese peinado que se inventó, dicen, David Bowie). He estado releendo este libro hilarante para prepararme psicológicamente para la fies-

ta de presentación de *Odio Barcelona* (Editorial Melusina), a la que me invitaron la otra tarde en el CCCB, donde leían y se explicaban Emil Haki y Patrik Ourednik, dos novelistas checos publicados por la misma editorial. En la lectura estaban los dos mejores traductores del checo: Monika Zgustová, traductora de Hrabal, y Fernando de Valenzuela, traductor de Kundera. Ambos han vertido al castellano el clásico de Hasek; la versión de Monika (que ya nos dio una en catalán, en Edicions Proa), *Las aventuras del buen soldado Svejk*, acaba de publicarla Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, y la de Fernando, *Los destinos del*

buen soldado Svejk, la sacará El Acatilado próximamente. Estaba también Adriana Krásová, la muy activa y competente directora del centro checo de cultura en Madrid. Como Ourednik vive en París desde hace 24 años, le pregunté si conocía a Kundera. Sí. ¿Y podemos esperar de él que publique otra de sus magníficas novelas o ya ha tirado la pluma? Él no lo sabía; de todas maneras, K. pasa la mayor parte del año en las islas tropicales... No quise preguntarle en qué islas, no fuera en Hiva Oa, en las Marquesas, donde se retiró Brel y donde descansa, muy cerca de Gauvain. Me quedé desconcertado. ¿Kundera, tan cultura europea, tan checo y tan francés, prefiere el sol y las palmeras, como cualquier jubilado? Luego, recordando el París ruidoso, feo y odioso que describe en *La inmortalidad*, lo comprendí.

La fiesta de *Odio Barcelona* se celebró en el Elèctric, un tugurio de la Travessera de Gràcia, de atmósfera bohemia, que se llenó a rebosar de un público generacional, como el libro, que reúne ensayos y relatos de 12 autores jóvenes: Javier Calvo, Carol París, Robert Juan-Cantavella, Llúcia Ramis, Óscar Gual, Philipp Ángel, Matías Néspolo, Lucía Lijtmaer, Javier Blánquez, Agustín Fernández Mallo, Hernán Migoya y Eloy Fernández Porta. Algunos de esos nombres son los más sugestivos de la última literatura. Otros lo son menos. Unos exponen argumentos, y otros, sólo dengues y exabruptos. Pero ya sólo el título tiene un descaro iconoclasta refrescante y demuestra que las editoras, Ana S. Pareja y Carol París, andan sobradas de talento y de perspicacia para detectar el difuso malestar que provoca el narcisismo injustificado, y oponerle tan rotunda y divertida declaración.